

15 LA CREACIÓN DEL HOMBRE

EXISTEN TRES RAZONES POR LAS QUE SE DEBE CONSIDERAR LA creación del hombre cuando estudiamos el conocimiento de Dios: una razón general, una razón específica, y una razón teológica. La razón general es que la creación en su totalidad nos revela algo sobre el Creador, de manera que, como vimos en el Capítulo dos, aunque el hombre o la mujer no adoren y sirvan a Dios, lo que la naturaleza nos revela sobre Dios aflora para confundir y condenar a esa persona. La razón específica es que el hombre, como una parte singular de esa creación ha sido creado a imagen de Dios, de acuerdo con el testimonio bíblico. La humanidad nos revela aspectos sobre el ser divino que no podemos apreciar en ninguna otra parte del orden creado, pero que deben ser considerados si hemos de entender a Dios. La razón teológica es que como no es posible tener un conocimiento genuino sobre Dios si este conocimiento no viene acompañado de un correspondiente conocimiento sobre nosotros mismos, debemos al menos conocernos a nosotros mismos -creados a imagen de Dios caídos, y sin embargo redimidos- si es que hemos de conocer verdaderamente y reverenciar a nuestro Creador.

El lugar para comenzar el estudio de la creación de Dios es con la humanidad en general, porque los hombres y las mujeres son la parte más importante de la creación. Decir que la humanidad es la parte más importante de la creación puede parecer una afirmación provinciana o chauvinista (en otras palabras, si fuésemos peces, obviamente diríamos que los peces son lo más importante) Pero, en realidad, los hombres y las mujeres son, y ellos sienten que lo son formas superiores al resto de la creación. Por un lado, ellos gobiernan sobre la creación y no por la fuerza bruta tampoco, ya que hay muchos animales que son mucho más fuertes. En realidad gobiernan por el poder de sus mentes y su personalidad. Por otro lado, los hombres y las mujeres tienen "conciencia de Dios", algo que los animales no tienen. Esta conciencia de Dios provoca la culpabilidad que las personas sienten bajo la mirada de Dios cuando se niegan a adorarlo. Ningún animal es culpable de un pecado moral o espiritual. Y además, esta conciencia de Dios es también nuestra gloria, ya que no hay ninguna otra criatura que pueda "glorificar a Dios, y regocijarse con él para siempre" en el mismo sentido que los seres humanos.

La Biblia enfatiza nuestra posición superior hacia el final del primer relato de la creación. "Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra. Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó" (Gn. 1:26-27).

En estos versículos, nuestra singularidad y nuestra superioridad sobre el resto de la creación están expresadas de tres maneras. Primero, se nos dice que hemos sido hechos "a imagen de Dios", algo que no se dice ni de los objetos, ni de los animales. Segundo, se nos da el dominio sobre los peces, las aves, los animales, y hasta sobre la tierra misma. Tercero, la palabra *creó* se repite tres veces. Esta misma palabra se usa sólo en otras tres oportunidades en el relato de la creación: primero, cuando Dios creó la materia a partir de la nada (vs. 1); segundo, cuando Dios creó la vida consciente (vs. 21); y tercero, cuando Dios creó a la humanidad (vs. 27). La progresión es del cuerpo (o la materia) al alma (o la personalidad) y al espíritu (o la vida con conciencia de Dios). Por lo tanto, la humanidad descansa sobre la cima de la creación. Como escribe Francis Schaeffer, al repetir la palabra *creó* "es como si Dios pusiera signos de exclamación para indicar que hay algo especial en la creación del hombre".¹

A IMAGEN DE DIOS

Estudiemos ahora con mayor detalle lo que significa haber sido creados a imagen de Dios. Una de las cosas que significa es que las mujeres y los hombres comparten esos atributos de la personalidad que Dios mismo posee, pero que los animales, las plantas y la materia no poseen. Para tener personalidad es necesario poseer conocimiento, sentimientos (incluyendo el sentimiento religioso), y voluntad. Dios tiene una personalidad, y nosotros también. Decir que los animales tienen algo similar a la personalidad humana es sólo significativo hasta cierta medida. La personalidad, en el sentido que la estamos definiendo aquí, es algo que relaciona a la humanidad con Dios, pero que no relaciona ni a la humanidad, ni a Dios, con el resto de la creación.

Otro segundo elemento implícito al haber sido creados a imagen de Dios es la *moral*. La moral incluye, además, dos elementos adicionales: la libertad y la responsabilidad. Para ser exactos, los hombres y las mujeres no poseen una libertad absoluta. Ya en el comienzo, el primer hombre, Adán, y la primera mujer, Eva, no eran autónomos. Eran criaturas y eran responsables de reconocer su estado en la obediencia. Después de la Caída, esa libertad ha sido aún más restringida, de modo que como lo expresó Agustín, el original *posse non peccare* ("posibilidad de no pecar") se convirtió en *non posse non peccare* ("imposibilidad de no pecar"). Pero todavía existe una libertad limitada para las mujeres y los hombres a pesar de su estado caído, una libertad que conlleva una responsabilidad moral. En resumidas cuentas, no necesitamos pecar siempre, como lo hacemos, o como tan a menudo lo hacemos. Y aun cuando pecamos bajo apremio (como puede darse el caso), sabemos que está mal -e inadvertidamente confesamos así nuestra semejanza (aunque hemos caído) con Dios en el área de la moral, semejanza que también se da en otras áreas.

El tercer elemento presente por haber sido creados a imagen de Dios es la *espiritualidad*. La humanidad existe para estar en comunión con Dios que es Espíritu (Jn. 4:24). Esta comunión debería ser eterna, como Dios es eterno. Aquí, podríamos precisar que aunque tenemos cuerpos físicos, como las plantas y los animales, solamente los seres humanos poseemos espíritus. Y es sólo en este nivel del espíritu que podemos tomar conciencia de Dios y estar en comunión con él.

Existe una polémica entre los que creen en una construcción tripartita de nuestro ser y los que creen que es posible considerar adecuadamente al hombre en dos niveles únicamente. Esta polémica no tiene que concernirnos. Todas las partes en esta polémica reconocen que el ser humano consiste por lo menos de una parte física que muere y que necesita ser resucitada, y de una parte inmaterial que vive más allá de la muerte, la parte propiamente llamada persona. La única cuestión es si pueden diferenciarse dos partes en la parte inmaterial una parte que los hombres y las mujeres compartirían con los animales -la personalidad en un sentido limitado- y el espíritu, que los vincularía con Dios.

En este punto, la información lingüística debería ser determinante, si bien no es tan clara como sería de desear. En ocasiones, en particular en las primeras partes del Antiguo Testamento, tanto alma (*nephesh*) como espíritu (*ruach*) son usados indistintamente, lo que ha introducido cierta confusión. Sin embargo con el transcurso del tiempo, *ruach* comenzó a designar el elemento por el cual los hombres y las mujeres se relacionan con Dios, diferenciándolo de *nephesh* que significa entonces simplemente el principio vital. De acuerdo con esta distinción, se usa "alma" y no "espíritu" con referencia a los animales. De igual modo, se nos dice que los profetas, que oyeron la voz de Dios y estuvieron en comunión con él en un sentido especial,

fueron animados por el "espíritu" de Dios (pero no se menciona el "alma"). En el Nuevo Testamento, la información lingüística es similar. Es así que mientras alma (*psyche*) y espíritu (*pneuma*) son a veces usadas indistintamente, como en el Antiguo Testamento, *pneuma* sirve para expresar esa capacidad especial de relación con Dios, que es la gloria de una persona redimida, en contraposición con *psyche* que aun lo que no han sido salvos poseen (1 Co. 2:9-16). Es posible, aunque no está totalmente determinado, que en los escritos paulinos el espíritu del hombre y la mujer se consideran perdidos o muertos como resultado de la Caída, y que sólo es restaurado en aquellos que han sido regenerados.²

Sin embargo, no debemos perder de vista lo siguiente. Ya sea que hablemos de dos partes o de tres partes que componen el ser del hombre, un individuo es una unidad. Su salvación consiste en la redención de todo su ser, no sólo de su alma o de su espíritu, del mismo modo que (estableciendo un paralelismo en sentido opuesto) cada parte es afectada por el pecado.

En esta área las palabras usadas en cada caso en particular son menos importantes que las verdades que transmiten. Hasta aquellos que más insisten sobre la unidad del hombre creen que el hombre es más que sólo materia. O, si se adhieren a un esquema de dos partes, reconocen, sin embargo, que el hombre posee algo que sirve para diferenciarlo de los animales. Y esto es todo lo que implica la diferencia entre espíritu y alma en el esquema de tres partes. Espíritu, alma y cuerpo son simplemente términos útiles para hablar de lo que realmente significa ser un ser humano.

El *cuerpo*, entonces, es la parte visible de la persona, la parte que tiene vida física. A primera vista, parecería que es esta parte la que nos diferencia de Dios, y en un sentido esto es así. Tenemos un cuerpo; Dios no tiene un cuerpo. Pero si continuamos nuestra consideración del tema, esta diferencia no resulta tan obvia como parecía ser en un primer momento. ¿Cómo explicar la Encarnación de nuestro Señor Jesucristo, por ejemplo? O también, ¿qué fue lo primero en la mente de Dios, el cuerpo de Cristo o el cuerpo de Adán? ¿Cristo se hizo como nosotros por la Encarnación, o nosotros nos convertimos como él por medio de un acto creativo de Dios? Calvino, que brevemente considera este tema en su *Institución*, no cree que Adán haya sido modelado de acuerdo con el patrón del Mesías que había de venir. Calvino no acepta la idea de que Cristo hubiera venido si Adán no hubiera pecado.³ Pero estas dos ideas no son necesariamente contradictorias. Se podría especular que cuando Dios caminaba en el huerto con Adán y Eva antes de la Caída, lo hacía como la segunda persona de la Trinidad, en una forma preencarnada pero, de todos modos, corporal.

Lo que importa de esta discusión es que nuestros cuerpos son de gran valor y deberían ser honrados por la manera como los tratamos. Como hombres y mujeres redimidos, deberíamos considerar nuestros cuerpos como "templos" de Dios (1 Co. 6:19).

El *alma* es la parte del hombre que llamamos su "personalidad". Tampoco es un tema fácil de tratar. Es evidente que el alma está relacionada con el cuerpo a través del cerebro, y constituye una parte del cuerpo. Resulta difícil, además, pensar en el alma desligada de las propiedades que asociamos con el espíritu. Sin embargo, en términos generales, el alma se refiere por lo menos a eso que hace de los individuos un individuo único, singular. Podríamos decir que el alma se concentra en la mente y que incluye todo lo que nos gusta y lo que no nos gusta, nuestras habilidades especiales y nuestras debilidades, nuestras emociones, nuestras aspiraciones y todo lo demás que diferencia al individuo de los demás miembros de su especie. Porque tenemos alma es que podemos tener comunión, amor y comunicación entre unos y otros.

Pero no sólo tenemos comunión, amor y comunicación con los miembros de nuestra especie. También amamos y tenemos comunión con Dios, para lo cual necesitamos un *espíritu*. El espíritu es, por lo tanto, la parte de la naturaleza humana que entra en comunión con Dios y participa en cierta medida de la esencia misma de Dios. En ningún lugar se nos dice que Dios sea cuerpo o alma, si bien puede poseer cada uno de estos aspectos en alguno de los sentidos que acabamos de mencionar. Pero Dios está definido como espíritu. "Dios es espíritu", dijo Jesús. Por lo tanto, "los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren" (Jn. 4:24). Como el hombre es espíritu (o llega a poseer un espíritu por medio de un nuevo nacimiento) puede tener comunión con Dios y amarlo.

Es aquí donde reside todo nuestro valor. Hemos sido formados a imagen de Dios, y por lo tanto somos valiosos para Dios y para los demás. Dios ama a los hombres y a las mujeres, más que a los animales, las plantas y el resto de la materia inanimada. Más aún, tiene sentimientos hacia el hombre y la mujer, se identifica con ellos en Cristo, sufre por ellos e interviene en la historia para hacer de nosotros lo que él se ha propuesto que seamos. Podemos tener una idea de la naturaleza especial de esta relación cuando recordamos como la mujer, Eva, de manera similar, fue hecha a imagen del hombre. Por lo tanto, aunque diferente, Adán pudo observarse en ella y amarla como su compañera y el miembro correspondiente en el universo. No es una equivocación decir que los hombres y las mujeres son para Dios algo similar a lo que la mujer es para el hombre. Son los compañeros valiosos y únicos de Dios. Como prueba de esta idea alcanza recordar la enseñanza del Nuevo Testamento con respecto a Cristo como el novio y la iglesia como su esposa.

AGENTES MORALES

Otra parte de haber sido hechos a imagen de Dios es que somos agentes morales responsables dentro del universo divino. La responsabilidad moral está implícita en los atributos de nuestro ser (el conocimiento, los sentimientos, la voluntad, y la conciencia de Dios) y en la prueba posterior de obediencia a Dios (Gn. 2:16-17). Este concepto ya está presente en el relato de la creación. En el mismo versículo que se nos habla sobre la decisión de Dios de hacer al hombre a su imagen, también se nos dice que él ha de señorear "en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra" (Gn. 1:26). Cualquier clase de dominio, pero este dominio por su alcance en particular, involucra la habilidad de actuar con responsabilidad.

En la actualidad en el mundo occidental hay una fuerte tendencia a negar la responsabilidad moral humana sobre la base de alguna clase de determinismo. Dicha posibilidad no es aceptable en la Biblia. Hoy en día, el determinismo toma una de las siguientes dos formas. Puede asumir la forma de un determinismo físico y mecánico ("los seres humanos son el producto de sus genes y de la química orgánica") o la forma de un determinismo psicológico ("los seres humanos son el producto del medio ambiente y de su historia pasada"). En ambos casos, el individuo está libre de responsabilidad por sus actos. Es así como hemos visto transcurrir un período en que a la conducta criminal se la concebía como una enfermedad, y al criminal se lo consideraba más una víctima del entorno que un victimario. (En los últimos tiempos, existe una tendencia para revertir el tema.) Actos menos llamativos pero igualmente censurables moralmente todavía son excusados con afirmaciones de este tenor: "Supongo que no pudo hacer otra cosa".

El punto de vista bíblico no podría ser más contrario a esto. Schaeffer señala que "como Dios ha hecho al hombre a su imagen, el hombre no está preso en las ruedas del determinismo. Por el contrario, el hombre es tan grande que puede influenciar la historia para sí y para otros, para esta vida y para la vida futura".⁴ Hemos caído, pero aun en nuestro estado como caídos somos responsables. Podemos hacer grandes cosas, o podemos hacer cosas terribles, cosas por las que algún día deberemos rendir cuentas ante Dios.

Existen cuatro áreas en las que deberíamos ejercer nuestra responsabilidad. Primero, deberíamos *ejercerla ante Dios*. Dios es el Ser que creó al hombre y la mujer y les dio el dominio sobre todo el orden creado. Como consecuencia, ellos son responsables ante él por lo que hagan con la creación. Cuando el hombre peca, como el relato de Génesis nos muestra que peca, es Dios quien viene a solicitar un ajuste de cuentas: "¿Dónde estás tú?... ¿Quién te enseñó que estabas desnudo?... ¿Qué es lo que has hecho?" (Gn. 3:9, 11, 13). En los miles de años que han transcurrido desde el Edén, hay muchos que se han convencido que no son responsables ante nadie. Pero el testimonio de las Escrituras es que este ámbito de responsabilidad todavía está vigente y que todos tendrán que responder ante Dios en el juicio, delante del gran trono blanco. "...y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras" (Ap. 20:12).

Segundo, somos responsables de nuestros actos *frente a las demás personas*. Este es el motivo de las afirmaciones bíblicas que instituyen la pena capital como respuesta a los asesinatos; por ejemplo: "El que derramare sangre de hombre, por el hombre su sangre será derramada" (Gn. 9:6). Estos versículos no se encuentran en la Biblia como reliquias de una era más bárbara o porque desde la perspectiva bíblica las personas no son valiosas. Por el contrario, el motivo es que las personas son demasiado valiosas para ser destruidas caprichosamente, y por lo tanto se reservan las penas más duras para quienes cometen dicha destrucción.

Santiago 3:9-10 puede ser también traído a colación con este aspecto, ya que prohíbe el uso de la lengua para maldecir a otros por la sencilla razón que los otros también han sido hechos a imagen de Dios. "Con ella bendecimos al Dios y Padre, y con ella maldecimos a los hombres, que están hechos a la semejanza de Dios. De una misma boca proceden bendición y maldición. Hermanos míos, esto no debe ser así". En estos pasajes se prohíben los asesinatos y las maldiciones sobre la base que la otra persona (aun después de la Caída) retiene algo de la imagen de Dios y por lo tanto debería ser valorada por nosotros, del mismo modo que Dios también la valora.

Tercero, tenemos una responsabilidad *frente a la naturaleza* (que discutiremos con más detalle en el siguiente capítulo). Es necesario ver que la manera como nos comportemos frente a la naturaleza, si la cultivamos y la desarrollamos, o si la utilizamos y la destruimos, tiene una dimensión moral. Tampoco Dios es indiferente a este tema. Podemos apreciar la importancia de esta responsabilidad si consideramos la manera como Dios mismo habla sobre la naturaleza, señalando que "la creación fue sujeta a vanidad" por causa del pecado del hombre, pero que será "libertada de la esclavitud de corrupción a la libertad gloriosa de los hijos de Dios" (Ro. 8:20-21).

La cuarta área donde deberíamos ejercer nuestra responsabilidad es *ante cada uno de nosotros mismos*. La Biblia nos describe al hombre y la mujer, diciéndonos que fueron hechos "poco menor que los ángeles" (Sal. 8:5); lo que quiere decir que fuimos colocados entre los seres más superiores y los más inferiores, entre los ángeles y las bestias.⁵ Lo que es significativo es que se diga que hemos sido colocados un poco por debajo de los ángeles, en lugar de decir que fuimos

colocados un poco por encima de las bestias. Nuestro lugar y nuestro privilegio es ser una figura intermediaria, pero una figura que mira hacia arriba y no hacia abajo. Cuando rompemos esa ligadura que nos ata a Dios y tratamos de despojarnos del gobierno de Dios, no nos elevamos para ocupar el lugar de Dios, como es nuestro deseo, sino que nos hundimos al nivel de las bestias. Hemos llegado a considerarnos como bestias ("el mono desnudo") o, lo que es incluso peor, como máquinas.

Por el contrario, el hombre o la mujer redimidos (en quienes se ha restablecido el vínculo con Dios) pueden mirar hacia arriba y ejercer plena responsabilidad con respecto a sí mismos en cada nivel de su ser. Todos tenemos un cuerpo, y debemos usarlo como lo que en realidad es, "el templo del espíritu de Dios" No debemos dejar que sea corrompido por la haraganería física, la glotonería por drogas que produzcan dependencia, por el alcohol, ni por ninguna otra práctica que debilite nuestro físico. Todos tenemos un alma, y debemos usarla plenamente - permitiendo que nuestra mente y nuestra personalidad se desarrollen mientras Dios nos bendice y nos instruye-. Todos tenemos un espíritu que debemos ejercitar en la adoración y el servicio del Dios verdadero.

Los cristianos en particular deben usar y desarrollar sus mentes. Hoy en día existe una fuerte tendencia hacia un cristianismo antiintelectual o que prescinde de la mente, como señala John R. W. Stott en su libro *Your Mind Matters*. Este antiintelectualismo es desafortunado, ya que Dios nos habla principalmente por la mente (al leer su Palabra y meditar en ella); la mente nos permite crecer en su gracia ("por la renovación de vuestro entendimiento" Ro. 12:2), y nos permite ganar a otros (presentando una "defensa" de nuestra esperanza cristiana, 1P3:15).

Este ánimo antiintelectualista (cultivado en algunos grupos cristianos)... no es la verdadera piedad sino parte de la moda del mundo, y por lo tanto, es una forma de mundanidad. Denigrar la mente es minar las doctrinas cristianas fundacionales. ¿Si Dios nos ha creado como seres racionales, negaremos la humanidad que nos ha concedido? ¿Si Dios nos ha hablado, seremos sordos a sus palabras? ¿Si Dios ha renovado nuestra mente por medio de Cristo, por qué no la utilizaremos para pensar? ¿Acaso Dios no nos ha de juzgar por su Palabra? ¿Por qué no hemos de ser sabios y edificar nuestra casa sobre la roca?⁶

Evidentemente, los cristianos deberíamos permitir que Dios nos desarrolle intelectualmente al máximo, para que seamos conocidos como hombres y mujeres que piensan. Como Stott demuestra a continuación, si no respetamos la mente no hay verdadera adoración, ni fe, ni santidad, ni guía, ni evangelismo, ni ministerio cristiano.

UNA IMAGEN HECHA AÑICOS

En este capítulo hemos considerado al hombre como Dios lo creó y como fue su intención que el hombre fuera -es decir, antes de la Caída-, o como eventualmente será en Cristo. Sin embargo, no sería correcto ignorar el hecho que, aunque los hombres y las mujeres fueron hechos a imagen de Dios, esa imagen ha sido, sin embargo, empañada y hecha añicos como resultado de su pecado. Es cierto, todavía quedan vestigios de la imagen. Pero hoy no somos lo que Dios quiso que fuésemos. Somos seres caídos y los efectos de la Caída pueden verse en cada uno de los niveles de nuestro ser: el cuerpo, el alma y el espíritu.

Cuando Dios puso a Adán y Eva frente a la prueba del árbol prohibido, que debía servir como una medida de su obediencia y responsabilidad hacia Aquel que los había creado, Dios dijo: "De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás;

porque el día que de él comieres, ciertamente morirás" (Gn. 2:16-17). Adán y Eva comieron del árbol prohibido, y murieron. Sus espíritus, esa parte que podía establecer una comunión con Dios, murió instantáneamente. Su muerte espiritual es obvia del hecho de que huyeron de Dios cuando Dios vino a ellos en el huerto. Los hombres y las mujeres han estado huyendo y escondiéndose desde ese entonces. Además, también comenzó a morir el alma, el asiento del intelecto, los sentimientos y la identidad. Es así como los hombres y las mujeres comenzaron a perder el sentido de su propia identidad, a dar rienda suelta a los malos sentimientos y a sufrir la descomposición de su intelecto. Al describir este tipo de descomposición, Pablo nos dice que, habiendo rechazado a Dios, las personas inevitablemente "se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido. Profesando ser sabios, se hicieron necios, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles" (Ro. 1:21-23). Eventualmente, el cuerpo también muere. Así está escrito: "Polvo eres, y al polvo volverás" (Gn. 3:19).

Donald Grey Barnhouse ha comparado este resultado con un edificio de tres plantas que ha sido bombardeado durante la guerra y severamente dañado. La bomba ha destruido todo el último piso. El escombros se ha acumulado sobre el segundo piso, dañándolo a éste. El peso de las dos plantas derrumbadas más la detonación han producido rajaduras en las paredes del primer piso, el cual ha de derrumbarse tarde o temprano. Esto fue lo que sucedió con Adán. Su cuerpo era la habitación del alma, y el espíritu estaba por encima de esta habitación. Cuando cayó, el espíritu fue totalmente destruido, el alma se arruinó y el cuerpo quedó destinado al derrumbe y a la ruina ulterior.⁷

Sin embargo, es precisamente aquí donde podemos apreciar la gloria y la plenitud del evangelio cristiano. Porque cuando Dios salva a un individuo, salva a toda la persona, comenzando por el espíritu, continuando con el alma y terminando con el cuerpo. La salvación del espíritu está en primer lugar; Dios establece contacto con la persona que se había rebelado contra él. Esto es lo que se llama la regeneración o el nuevo nacimiento. A continuación, Dios comienza su obra con el alma, renovándola para que se asemeje a la imagen del hombre perfecto, el Señor Jesucristo. Esta obra se conoce como la santificación. Por último, tendrá lugar la resurrección, donde hasta el mismo cuerpo será redimido de la destrucción.

Pero además, como lo señala Pablo en 2a Corintios 5:17, Dios hace de la persona redimida una nueva creación. No se trata solamente de poner remiendos al espíritu viejo, al alma vieja y al cuerpo viejo; como si fuera posible reparar la casa, en proceso de derrumbe, apuntalándola por aquí y por allá y dándole una mano de pintura. Lo que sí hace es crear un nuevo espíritu, una nueva alma (conocida como el hombre nuevo) y un nuevo cuerpo. Este cuerpo es del mismo orden que el cuerpo resucitado de nuestro Señor Jesucristo. Hoy hemos sido salvados como cristianos, pero también estamos en proceso de salvación, lo que implica que el presente también es importante. Y, además, mantenemos nuestra mirada hacia el futuro, porque sólo en la resurrección futura se completará la redención comenzada en esta vida y podremos erguirnos perfeccionados delante de la presencia de nuestro gran Dios y Salvador, y de Jesucristo.

Notas

1. Francis A. Schaeffer, *Genesis in Space and Time* (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1972), p. 33.
2. Reinhold Niebuhr, *The Nature and Destiny of Man: I, Human Nature* (New York: Charles Scribner's Sons, 1941), pp. 151-52.
3. Calvin, *Institutes*, pp. 186-89; 470-74.
4. Francis A. Schaeffer, *Death in the City* (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1969), p. 80.
5. Esta referencia a haber sido hecho "un poco menor que los ángeles" se aplica en una primer instancia a la persona del Mesías venidero, el Señor Jesucristo. Pero es solamente con referencia a su Encarnación que es empleada. Por lo tanto, la expresión y, en realidad, todo el salmo pueden ser entendidos como haciendo referencia a los hombres y las mujeres en general. Los versículos siguientes se refieren al papel del dominio otorgado a Adán y Eva en el Génesis: "Le hiciste señorear sobre las obras de tus manos; todo lo pusiste debajo de sus pies" (Sal. 8:6).
6. John R. W. Stott, *Your Mind Matters: The Place of the Mind in the Christian Life* (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1972), p. 26.
7. Donald Grey Barnhouse, *Let Me Illustrate* (Westwood, N.J.: Fleming H. Revell, 1967), p. 32; *Teaching the Word of Truth* (Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 1966), pp. 36-37.